

La toma de Babilonia

A medida que se estrechaba el círculo alrededor de Babilonia, elevaba más la voz el profeta israelita. Había llegado al fin el año del desquite. El vidente se considera como un centinela colocado por Jehová para vigilar el horizonte, mientras los babilonios comen y beben. Descubre una caballería innumerable que se acerca al galope, y se mezcla imaginariamente con ella, excitándola al pillaje y lanzando anticipado grito de triunfo.

Por lo visto la fiebre del vidente aumenta con la carnicería. Se le revelan todas las señales del día de Jehová. Luego ve verificada la emancipación. El desierto que han de atravesar los israelitas se llena de flores para obsequiar a tan nobles viajeros.

Durante esta época todos los profetas eran anónimos, ya para evitar

las sospechas de la policía caldea, ya porque nadie quisiera ponerse en parangón con Isaías y Jeremías. Nadie, después de Ezequiel, osó en el destierro profetizar con su nombre propio. Los fragmentos de que acabamos de hablar se encuentran entre los escritos de Isaías, porque las ideas que entonces se sustentaban sobre la profecía permitían creer que Isaías, ciento cincuenta años antes, había visto anticipadamente los hechos, por un don sobrenatural.

Al igual que el nombre de Isaías, se explotó el de Jeremías, fraude más fácil, puesto que la escuela de Jeremías vivió años y no dejó de arreglar los escritos del maestro. Se empezó por interponer las visiones auténticas, como la del cuarto año de Joiachim. Se supuso que aprovechando el viaje de Sedecías, en 594, Jeremías entregó al chambelán del rey, hermano de Baruch, un libro en el que se anunciaba la futura destrucción de Babel. Luego se atribuyeron al profeta de Anatoth profecías que se referían directamente al fin próximo del imperio caldeo.

El profeta parecía creer que mediante la anarquía que se iba a declarar en el país enemigo podrían volver a su tierra los cautivos de Babilonia.

Dios incitaba, según palabras del profeta, a los reyes medos para que fueran vengadores de su templo. El mundo se citaba para derribar a Babel. Al estallar el grito: «Babel ha sido tomada», tembló la tierra y su eco se extendió por las naciones. Los fugitivos anunciarán a Sion la venganza de Jehová, el castigo de los destructores del templo. Los cautivos recobrarán la libertad.

Se desploman las puertas de Babilonia y el rey no lo sabe. Correo tras correo, mensaje tras mensaje, le informan de que la ciudad ha sido tomada, que los pasajes están ocupados, que el terror se ha apoderado de los guerreros.

Sion reclama entonces su carne y su sangre a los habitantes de Babel. Jehová debe arreglar un lance de honor con Belo, su rival, que tiene en su templo los vasos sagrados de Jerusalén. Jehová hará que vomite lo que se tragó, y entonces los pueblos abandonarán a este dios falso.

Israel no solía mezclarse en las contiendas que las potencias riñen entre sí: tiene suficiente con aprovecharse de ellas. El ruido que armaba la vanidad caldea va a cesar para siempre. Todos los agraviados del mundo tendrán su desquite. Babilonia no resucitará: sus murallas quedarán arrasadas, sus puertas consumidas.

«Y HE AQUÍ CÓMO TRABAJAN LOS PUEBLOS PARA NADA, Y SE EXTENÚAN EN BENEFICIO DEL FUEGO.»

La mezcla de ironía y lástima que inspira al pensador eso que titula gloria la pobre humanidad enamorada de sus verdugos, nunca se ha expresado con un rasgo más enérgico. Grecia comprendió maravillosamente los pequeños placeres infantiles de la vida interior de las ciudades. Las ruinas de los grandes imperios, con las risas y lágrimas que provocan; el sentimiento superior, inmensamente triste, con que el hombre pacífico contempla tales derrumbamientos; la piedad que excita en el corazón del sabio el espectáculo de los pueblos trabajando para el vacío, víctimas del orgullo de unos pocos; la vanidad de todas

las cosas, y el fuego, último juez de las sociedades humanas (hecho que no excluye la fe invencible en un porvenir), eso es lo que no supo ver Grecia, eso es lo que expresaron con astucia admirable los profetas judíos.

La crisis que inspiró elocuentes acentos al genio profético de Israel fue muy larga. Los espíritus sagaces vieron perdida a Babilonia antes de que la tomara la liga medo-persa. El sitio de Babilonia duró dos años. El bloqueo era imposible. La población no creía en el peligro de una conquista a viva fuerza y se dedicaba a sus negocios, a sus placeres, como en paz completa. Los sitiadores tuvieron que desviar el Éufrates o más bien, secarlo con numerosas sangrías. Se dice que un día, mientras la población entera se dedicaba a sus fiestas, el ejército persa entró por el cauce del río. En un sentido general, se realizaron las predicciones de los profetas. El poder asirio, que pesaba sobre Israel hacía más de doscientos años, quedaba aniquilado para siempre (536 antes de J. C.). Los hijos de Akhemenes, a su vez, iban a empuñar el cetro de Asiria otros doscientos años.